

cordaría la ofensa que de su madre recibí: á mi lado sería muy desgraciada; mas no por eso quiero ni debo abandonarla: puede usted colocarla en una pensión, en un hospedaje con una familia honrada, ó donde usted quiera, y decirme la cantidad mensual que he de remitir para sufragar todos los gastos: no puedo olvidar que la amé con pasión mientras la creí mi hija, ni quiero que pague la amarga pena de los extravíos de su madre.

«Reiterándole toda mi gratitud por sus humanos sentimientos, y esperando se sirva decirme qué cantidad soy en deber á usted, me ofrezco su afectísimo seguro servidor q. b. s. m.

LORENZO VALENZUELA.»

VIII

Tres semanas habían pasado, y en una bella mañana de Junio la capilla ú oratorio de la casa de Barrientos resplandecía de luces y de flores. La brisa mecía las copas de los altos árboles detrás de las pintadas vidrieras, que representaban vírgenes bizantinas, ó á Cristo en la agonía; las luces alumbraban el altar sin ofenderse de los resplandores del Sol, y se oían los trinos de los pajaritos que cantaban el himno de la mañana, en tanto que Alicia y Barrientos, arrodillados en dos antiguos almohadones de damasco amarillo, oían las oraciones del sacerdote y se dejaban unir con los eternos lazos del casamiento.

Ambos vestidos de negro—Alicia de rica seda, y Tomás de no menos rico paño sedán,—sus fisonomías presentaban una expresión del todo distinta: la de Tomás reflejaba una felicidad celeste; la de Alicia estaba muy triste: con los ojos perdidos en el vacío, pensaba en la espléndida casa de su padre el banquero, en que podía haber ido á bailes y teatros, á paseo en una carretela forrada de raso blanco como la que tenía su madre en sus días felices; y ahora, por no tener dónde ir,

por no quererla su padre en casa, tenía que sucumbir al empeño de aquel hombre ordinario, que se había decidido á casarse con ella á toda prisa para no dar lugar á la murmuración, como él decía, y para darle cuanto antes un nombre honrado, un amparo legítimo y una representación social.

—¡Ah, qué distinta es mi boda de lo que decía mamá que había sido la suya!—pensaba Alicia.—Ella me contaba que se había casado vestida de raso blanco, coronada de azahares y de perlas; que luego habían dado sus padres un gran convite y un espléndido baile... ¡Ah!; ¿por qué papá no me ha querido llevar al lado suyo? ¡Qué desgraciada seré metida en este pueblo, Dios mío! ¿Por qué mi pobre mamá no me habrá llevado consigo?

Y en tanto que la desposada se perdía en este mar de tristes reflexiones, su compañero parecía hallarse en el séptimo cielo: el semblante de Tomás había perdido su amarga contracción y su profunda tristeza; aquella niña encantadora, aquella seráfica criatura, era suya, suya sólo y para siempre. Con terribles latidos de corazón había abierto la carta del padre, la había leído con indecible angustia, y la había terminado con una alegría loca; ni siquiera había pensado en contestarla: ¿para qué necesitaba él el dinero del banquero Valenzuela? Con Alicia entraba en su casa una inmensa riqueza: él era el ganancioso: ella le traía la alegría y el amor que nunca había conocido;

porque Amparo era, no sólo la esposa impuesta, sino la esposa profanada, la pobre víctima de las pasiones ajenas; y él, si es verdad que la había querido, era de otro modo muy distinto del que quería á Alicia: todo su ser se fundía en una caricia inmensa al contemplar aquel ser inocente y juvenil, al que nadie había amado todavía, y que no amaba á nadie. El sol que hería los vidrios rojos y azules de las ventanas de su oratorio, le parecía presagio cierto de ventura. No reparaba en las miradas de burlona conmiseración que se dirigían los circunstantes, que eran todos los señores y señoras del pueblo, hidalgos pobres y encaprichados, y que detestaban ya á «la aventurera», á «la hija de la perdida», de la pordiosera que había recogido Barrientos en un camino real, y le daba el sitio de señora de su casa y compañera de su vida; y cuando salieron de la capilla para sentarse á la mesa donde estaba servido un espléndido almuerzo, cada uno compuso su semblante y echó sobre el fondo de envidia y de despecho que fermentaba en su interior, el velo de la más leal amistad y del contento más verdadero y más amable.

Las enhorabuenas se cruzaron, y cada uno fué á estrechar la mano de los novios al penetrar en la gran sala de estrados, tan sombría aquel día como todos los demás. Barrientos respondía á todos con aire dichoso, con una especie de enajenación alegre y regocijada. Alicia, cansada ya de la

larga ceremonia, triste y con los nervios irritados, contestaba con palabras melosas, aprendidas de su madre, y cortadas de vez en cuando con brusquedades que no podía dominar, aburrida de estar entre aquellos cursis. En medio de la calurosa enhorabuena del Barón de Lartiga, uno de los más encopetados caballeros del pueblo, donde habitaba su casa solariega en compañía de dos hijas incasables, Alicia le volvió la espalda y se puso á contemplar en los cristales de la vidriera, heridos por el sol, el brillo de dos hermosos y gruesos diamantes que reían en sus orejas, y que eran uno de los varios regalos de su esposo.

—¡Lástima que apaguen los reflejos de esos brillantes los ojos de usted!...—murmuró cerca del oído de la novia el Barón, que era un libertino jubilado por falta de salud y de dinero.

La bella novia se volvió sonriendo dulcemente: mucho más le agradó aquel requiebro, que las más serias y graves enhorabuenas que antes había oído de aquellos labios marchitos.

El Barón, conocedor de la mujer y devorado por el amor al género, levantó su majestuosa calvicie, hinchó su sensual nariz, y pareció olfatear aquella presa tierna y apetitosa, que le recordaba tiempos ya pasados para nunca más volver.

—Muchas gracias por la lisonja, señor Barón—contestó Alicia coqueteando, con la monada incomparable que había aprendido de su madre;—es usted demasiado amable...

—No soy apenas justo, mi querida señora—repuso el Barón de Lartiga;—es usted para los pobres habitantes de Alcalá, como una hermosa estrella que ha venido á llenarnos de resplandores; y creyendo que será tan amable como bella, espero me permitirá que le presente mis hijas.

—¡Oh!; con mucho gusto, señor Barón: todo el honor ha de ser para mí.

El Barón hizo una seña, y dos señoritas altas y muy flacas se acercaron: la menor contaba tanta edad por lo menos como la madre de Alicia; la otra estaba muy cerca de los cuarenta años.

—Mi hija mayor, Elvira de Figueroa—dijo el Barón señalando á la vetusta señorita;—la menor, Isabel: ésta tiene un carácter tan alegre como es melancólico el de su hermana: la pobre Elvira no se ha consolado nunca de la pérdida de su madre, que murió hace diez años; ambas tendrán á mucho honor el que las mire usted como sus amigas.

Las señoritas de Lartiga se inclinaron con una dignidad algo estudiada, pero que no carecía de nobleza, y la mayor dijo con voz muy dulce:

—Mi padre, señora, ha interpretado el deseo de mi hermana y el mío: seremos para usted, si usted lo desea, unas cariñosas y leales amigas.

Alicia contestó con un seco «muchas gracias». Los requiebros del padre sonaban muy bien á sus oídos, acostumbrados á la mentira y á la lisonja; la dignidad de las hijas no le era nada simpática.

El Barón era un hombre alto, flaco, calvo, vestido siempre con extraordinario esmero, y con un gran aire aristócrata. Arruinado por su amor á las mujeres, que se había traducido en furiosas pero breves aficiones, apenas conservaba lo estrictamente necesario para vivir, con una renta que no pasaba de mil duros anuales. Toda su servidumbre constaba de una vieja cocinera y de un ayuda de cámara que, como él, había cumplido ya sesenta años, y que le amaba y le reñía con acritud; Blas estaba al servicio de su amo desde antes de casarse éste, y quería «á las niñas»—así llamaba á las hijas del Barón—más que si lo fuesen suyas: dolíale el alma de ver siempre triste á la mayor. Ésta, solterona, fea y melancólica, tenía el alma de un artista y el corazón de un ángel; empeñada en hallar un ideal con el que perpetuamente soñaba, todas las realidades le habían parecido feas y rudas; su madre había sido la pasión de su vida, pasión que se aumentaba al verla sufrir penas muy amargas por las infidelidades de su marido: la Baronesa no había tenido otra amiga ni otra confidente que su hija mayor.

Isabel, de carácter más alegre y más ligero, ocultaba bajo su risueña superficie un grave y amargo dolor: desde niña había amado á Tomás Barrientos, que contaba casi la misma edad que ella, y que jamás había reparado en su amor.

Elvira no se había querido casar por no querer dejar á su madre en una gran soledad moral:

soltera y libre, partía las penas y los cuidados de aquella madre infeliz; casada, se hubiera dedicado por completo á su esposo y á sus hijos; optó, pues, por no casarse, y dió á su madre con esto la prueba más grande y más elocuente de su amor.

En cuanto á Isabel, su cariño mudo por Tomás había llenado su corazón: ni su padre se había apercibido de este sentimiento, pues la pobre joven, temiendo, y con razón, que le disgustase, se lo había ocultado cuidadosamente. Nunca el enfatuado Barón de Lartiga hubiera permitido que su hija, exhausta de fortuna, pero en compensación afligida de un solterismo ya demasiado largo, se hubiera casado con el rico labrador Tomás Barrientos, que, aunque de familia antigua y limpia, no contaba ningún título en sus antepasados.

Los ojos del Barón se iluminaban con un fuego extraño al mirar la figura infantil de la que ya era la señora de Barrientos. Alicia Valenzuela le hubiera parecido difícil de conquistar, acostumbrada como debía estar al gran tren de la casa de su padre: ésta le hubiera podido encontrar viejo y feo; pero la esposa de Barrientos, de un labrador modesto y sin pretensiones, le parecía á él empresa sobrado fácil y hacedera.

Alicia, incomodada con aquella mirada pertinaz, en la que ardían las llamas de la lascivia, se separó algunos pasos del Barón y se halló de frente con su marido.

—Quédate al lado del balcón, que te voy á pre-

sentar algunas personas—dijo Barrientos á su mujer; y volviéndose á dos caballeros de aspecto grave, se acercó con ellos á Alicia: los demás concurrentes se adelantaron un poco y permanecieron agrupados, esperando su vez para la presentación á *la cualquier cosa*, como llamaban á Alicia desde su aparición.

—El señor doctor Lagasca; el señor escribano Mendoza—dijo Barrientos.

Los dos personajes graves se inclinaron, pasando por delante de Alicia.

—Don Braulio Lanzagorta, coronel retirado; su hija la señorita doña Filomena; la señora viuda de Blancas; doña Cipriana Taladrid, que nunca ha querido casarse...

—¡En cambio usted se casaría cien veces si pudiera!—objetó agriamente la solterona, que pasó por delante de Alicia sin dignarse mirarla.

La procesión de las presentaciones duró largo rato, y después todos pasaron al comedor á disfrutar de un suculento y abundante almuerzo.

Alicia comió poco: una grande aunque vaga tristeza la agobiaba: pensaba en que tenía que pasar allí toda su vida; en los dorados salones de su padre, donde ella creía en un tiempo ser la soberana y bailar coronada de flores; una nube de tristeza le caía sobre la frente desde los altos techos de la casa conyugal; de vez en cuando alzaba los ojos, y se encontraba con las devorantes miradas del viejo Barón; y al verle erguido, elegan-

te, con su levita á la inglesa y la cinta de la gran cruz de Carlos III que lucía en el ojal, le parecía que hubiera sido más feliz con él que con Tomás, porque él se parecía más á «los caballeros amigos de su mamá».

En cuanto á ella, parecía una ninfa en medio de toda aquella concurrencia lugareña y ridículamente vestida: con su ceñida falda de rico raso negro bordado de azabache, su gola de encaje negro, su cabello rubio, revuelto y mordido en su espléndida masa por un peine de azabache; dos gruesos brillantes en las orejas, y los guantes de piel mate, que le subían por encima del codo, y que no quiso quitarse para almorzar, se asemejaba á la más joven de las ninfas, que había descendido en medio de aquella grotesca reunión para burlarse de ella y avergonzarla con su gracia, su elegancia y su frescura infantil.

Cuando los convidados se retiraron á las cuatro de la tarde, la situación se hizo peor. Tomás propuso á su mujer un paseo por la huerta; su corazón, que se abría por primera vez, á pesar de sus treinta y seis años, á todas las alegrías del amor, palpataba á la sola idea de hallarse á solas con su mujer, bajo la bóveda azul de los cielos, paseando á la sombra de los grandes árboles; pero á la proposición respondió Alicia, ahogando un bostezo:

—Perdón, amigo mío; no tengo gana de salir.

—¿Estás acaso enferma?

—No; estoy cansada de tener que sufrir durante tanto rato á esa gente tan ridícula.

—Pues esa gente es la sola sociedad de este pueblo—repuso gravemente Barrientos;—en ella tengo amigos de la infancia, amigos verdaderos; procura, mi querida niña, acostumbrarte á su trato, porque si no, te tomarán antipatía: mira que la gente de los pueblos es muy susceptible.

Alicia se encogió de hombros por toda respuesta. De allí á un instante se acercó á su marido: un fugitivo color de rosa vistió sus blancas mejillas; abrió la boca, vaciló, y por fin, apoyando sus manos cruzadas en el hombro de Tomás, y rozando con sus labios la morena sien de su marido, le preguntó en voz baja:

—¿Me llevarás á Sevilla?

El labrador se estremeció: toda su sangre afluyó al corazón al recibir aquella inesperada caricia. Una de sus preocupaciones, la más grave, era la manera que emplearía para no asustar el pudor de aquella niña, y de repente ella misma dejaba caer los velos de aquel pudor y le pedía, abrazándole, la satisfacción de un antojo infantil.

—Sí, te llevaré á Sevilla, mi bien—le dijo con el dulce mimo andaluz;—desde hoy, tú mandas en mi corazón.

—¿Y cuándo me llevarás?

—Cuando quieras.

—¡Mañana!

—Mañana mismo.

—¡Ansío tanto ver á mi padre!

—Le verás de lejos: después de haber rehusado recibirme, no puedo llevarte á su casa.

—Y si me hubiera recibido, ¿te hubieras casado conmigo? ¡la verdad...!

—No, porque no me hubiera atrevido á pedirte á tu padre.

—¿Por qué?

—Por la diferencia de nuestra edad y de nuestra clase respectivas.

—Y si mi padre se me hubiera llevado, ¿lo hubieras sentido tú?—preguntó Alicia, pasando sus blancos dedos entre los negros cabellos de Tomás.

—Me hubiera muerto de pena. Todos los instantes de mi vida bendeciré al cielo por haberte puesto bajo mi amparo.

Alicia quedó muy pensativa: en el fondo de su alma había una cólera furiosa hacia aquel padre que le había quitado su sitio en el soberbio palacio que habitaba; y lejos de amar á su marido, le parecía ser un obstáculo que su destino le oponía para arrebatarle la bella existencia con que había soñado.

—Sin este hombre—se dijo con ira,—mi padre me hubiera recibido en su casa: yo sé bien cuánto me quería de niña. ¿Por qué maldita casualidad pasaría por el camino real el día que llegamos

aquí? ¡Mi pobre mamá se hubiera muerto lo mismo, si estaba de Dios; yo me hubiera ido á Sevilla á buscar á mi padre, y éste, al verme sola, no me hubiera negado su compañía, su protección y su fortuna!

IX

El otoño llegaba con sus pardas nubes y sus brisas frescas cargadas de los últimos aromas que exhalaban las flores. Alcalá se ponía triste, porque tristes son los primeros días, y sobre todo las primeras noches, que siguen á los grandes calores. Los preparativos contra el frío tenían lugar en todas partes: la modesta estera de pleita y la obscura y triste de cordelillo cubrían el pavimento de ladrillo; se sacaban las mantas para las camas, y en casa del Barón de Lartiga se desenfundaban las viejas sillerías de brocado, descoloridas por el transcurso de los años, y se preparaba la vetusta chimenea del salón húmedo y obscuro, en cuyo viejo papel de figurones asomaban grandes manchas de salitre.

Era el palacio de Lartiga una ruina tristísima; se asemejaba á un varón fuerte y opulento, que de degradación en degradación ha llegado á ser repugnante mendigo, olvidado de lo que es el pudor. Un ala estaba derruida y casi en tierra, subiéndose la hiedra entre las piedras salientes, que estrechaba con mortal abrazo; las cámaras, llenas de goteras, se llovían en el invierno hasta hacer

un arroyo del pavimento; el salón de honor se hallaba cerrado por su estado ruinoso, y las ventanas tenían las persianas arrancadas y sujetas con piedras para que el viento no las golpease y acabase de arrancarlas, arrojándolas á la calle.

El Barón, en su feroz egoísmo, y calculando que él debía ya vivir pocos años, se decía que sus hijas arreglasen si querían aquella finca abandonada, porque lo que es su augusta persona no quería tomarse molestias por lo que no había de disfrutar, ni quería gastos que no podía hacer.

Á la vez que aquel antiguo caserón se desnudaba de sus galas y se caía, otro caserón de la misma remota fecha, pero mejor cuidado y atendido, transformaba su interior en la morada de todos los refinamientos de una lujosa elegancia: la señora de Barrientos, tan joven y tan loquilla al parecer, se había dado fácil y linda maña para gastar á su enamorado esposo algunos miles de pesos: alfombra de terciopelo, espejos colosales, dos entredoses tallados y un piano de cola decoraban el salón, además de una rica sillería de brocado azul con grandes ramos de rosas; su cuarto, vestido de raso color violeta y blonda blanca, parecía una maravilla á las hidalgas de Alcalá, y lo mismo hubiera parecido á la dama más elegante de Sevilla. Alicia, al verse con dinero á manos llenas y dueña de la voluntad de su marido, imitaba las costumbres dispendiosas de su madre y sus gustos de esposa de un banquero

millonario; todos los caprichos de gran dama de Sofía estaban aposentados en la rubia cabeza de su hija; el lujo era la pasión dominante en la esposa del modesto y sencillo Tomás; el lujo en la casa de su padre había sido la ambición de algunos días en aquel espíritu infantil, pero una ambición delirante, una idea fija: de su padre le importaba muy poco; mas ¡ahl, comer en vajillas de plata y de Sèvres, beber en copas de Baccarat, dormir entre holanda y encajes, ocupar en el teatro de San Fernando una platea, llamando la atención de todos con su lujo de princesa, con sus quince años, su hermosura y sus coqueterías; esto hubiera sido el sueño dorado de aquella niña, depravada desde la cuna por un funesto ejemplo, y en cuyo carácter se albergaba un odio nativo por todo lo que es orden, amor al trabajo, por todo lo que significa abnegación, deber y sacrificio.

Bien que mal, Alicia cumplía sus deseos llevando de objetos de lujo la casa en que por caridad la habían recogido, y gastando totalmente la renta que los Barrientos no habían gastado nunca en su mitad; y aun esto hubiera sido soportable, si el régimen de la casa hubiera seguido siendo el mismo, y si no se hubiese alterado con la llegada de muchos criados nuevos, que redujeron á los antiguos á una inacción forzosa y á una gran tristeza. Brígida, Santiago, el criado de confianza del anciano don Pedro Barrientos, padre de Tomás; Martina la cocinera; Isidora, la que hacía el queso

y la manteca, estaban tristes, inactivas, desoladas: un cocinero con más humos que Vatel, el famoso jefe de cocina de Luis XIV; una doncella francesa, una dama de compañía de nacionalidad inglesa, y otra criada para el arreglo de las habitaciones, constituían el cuerpo de operaciones más desordenado y arbitrario que se puede imaginar; sobre todo, la dama de compañía era notable muestra de la coquetería más desvergonzada y del sentimentalismo más exagerado. Alicia la había admitido con muy crecidos honorarios, á condición de que la diese lección de música; y aunque este último cometido lo desempeñaba bien, pues era excelente profesora, en lo demás no hacía más que ocasionar molestias á todos los criados y cantar al piano romanzas sentimentales.

El principio de un embarazo hacía aún más caprichosa á la joven señora, que era como una aparición maravillosa cada vez que se dignaba hollar con sus piecitos calzados de raso ó de fina piel bronceada las pedregosas calles del pueblo. Barrientos, en quien la posesión de su mujer había acrecentado la pasión hasta el más ciego fanatismo, no ponía tasa ninguna á sus gastos, y pagaba cada una de las sonrisas de Alicia con un puñado de oro.

La atmósfera en que le había envuelto su mujer le embriagaba; el pobre y sencillo labrador veía por todas partes encajes, flores, sedas y perfumes. Cuando por la mañana entraba en el cuarto

de su mujer—pues Alicia había rehusado la habitación común—y la veía dormir envuelta en batista y encajes, se quedaba arrobado contemplándola. Alicia era preciosa, blanca, pálida, esbelta, fina, bella con el delicado encanto del lirio ó de la azucena. Barrientos, alto, grueso, moreno, con grandes ojos negros y barba cerrada y fuerte, ofrecía con su mujer el más perfecto contraste, y se creía dichoso con poseer aquella admirable joya.

Una mañana que tenía que levantarse así que rayase el alba para ir á Sevilla en busca de fondos, y que se hallaba un poco asustado al ver la enorme suma que había gastado en el último trimestre, quiso ir á ver á su mujer antes de marcharse, y llamó en la puerta de comunicación que unía las dos habitaciones; tras del golpecito de aviso levantó el picaporte, pero la puerta resistió: el cerrojo estaba pasado por el lado del cuarto de la joven. Ésta debió despertarse al ruido, porque dijo con voz dulce:

—¿Tomás?

—Yo soy—contestó Barrientos;—vengo á decirte adiós antes de marcharme á Sevilla; estaré ausente cinco ó seis días. Ábreme para que te abrace.

—No te abro...—repuso Alicia con voz juguetona y mimosa;—no te abro, para castigarte.

—¿De qué?

—De una falta imperdonable.

—¿Y cuál es?—preguntó el pobre marido, verdaderamente apurado.

—El no haberme traído de Sevilla el peine de oro que deseo, y que vi en la calle de las Sierpes.

—Pero, hija, ¡si tiene diez brillantes! ¡Es enormemente caro! piden por él diez mil reales.

—Pues porque te parece caro no abro la puerta: si me quisieras, no repararías en esa pequeñez.

—Te traeré el peine cuando vuelva—dijo Tomás con acento resignado;—pero ábreme la puerta para darte el abrazo de despedida.

—Si te abrazo, olvidarás el peine.

—Te aseguro que no.

—¿Me das tu palabra de acordarte?

—Te la doy.

—Te acordarás mejor si te vas con la pena de no verme. Ea, adiós: voy á dormirme de nuevo. Te abrazaré con el peine puesto. Adiós, mi buen Tomás.

Barrientos, humillado y lleno de enojo, no se dignó insistir, y se alejó de aquella puerta: un pensamiento sombrío cruzó por su mente.

—Esta mujer—se dijo tan quedo que ni su propia conciencia lo oyó—hace conmigo lo mismo que haría una meretriz: aquélla haría pagar sus favores, y ésta me hace pagar mis derechos; de modo que es peor y más venal que una mujer perdida... ¡Gran Dios, piedad de mí, ó ciega mi razón para que no vea tan horrible realidad!

Aquella espina arrojada en una tierra fértil y

hermosa, sólo produjo flores; el alma de Barrientos era tan noble, tan honrada, que la sospecha no pudo vivir en ella, y se agostó ó se retiró avergonzada de querer abrigar su ruindad en tan espléndido palacio. El peine de oro y brillantes llegó y adornó la rubia madeja que coronaba la blanca frente de Alicia.

El lujo entraba como marea creciente en la apacible y vetusta morada de los Barrientos. La joven señora que se adornaba con este noble apellido, había deseado y tenía un salón vestido de raso punzó, «para asombrar—decía—á las parludas amigas de su pobre Tomás»; era un salón pequeño, un saloncito de confianza, donde se iban reuniendo en buena compañía dos jardineras elegantes llenas de camelias, algunos grandes vasos de mayolica italiana para flores, y dos muebles de antigua talla que habían costado entre los dos tres mil duros. Al ver tan lindo el saloncito de confianza, Alicia pensó que sería muy agradable poner su cama en un pequeño gabinete que había dentro de él; ¡pero estaba tan feo! como que era el que había ocupado como dormitorio el viejo capellán, que ya tenía su invariable alcoba en el cementerio del pueblo.

Alicia meditó algunas horas, ó más bien algunos segundos, el día que se le ocurrió separar su dormitorio del de su marido; y meditó poco, porque recordó al instante cómo era cierta alcoba que su madre ocupaba en los tiempos de su opulencia,

en aquellos tiempos de su hermosa y fácil vida de París.

Era una alcoba de cortesana, tapizada de seda azul pálido, y enguatada como una caja para guardar joyas; una cama muy baja, de ébano y bronce, con cortinas de raso azul y blonda blanca, era también copia de la que había usado la pobre Sofía; y una multitud de vestidos, de matinés, de confecciones y de sombreros había llegado de París y Madrid, llenando grandes armarios de cedro que ocupaban tres habitaciones, y que Alicia había encargado á un ebanista de Sevilla.

La dama de compañía provocaba los caprichos de Alicia, y se había dedicado á complacerla ciegamente, á encender el fuego de todos sus apetitos y á explotarla, haciendo de ella el juguete de su pasión por el lujo y la molicié. Clarisa Robson era una irlandesa fría, calculista, amargada por una vida de mundana sin fortuna; bajo la apariencia de un rom anticismo exagerado guardaba un alma fría y venal, una ansia insaciable de placeres y una ambición desmedida.

Pocos días después de la conquista del peine de oro, Alicia y su dama de compañía iban en un elegante cupé nuevo, por el camino real que conduce de Alcalá de Guadaíra á Sevilla; era el mismo camino donde Barrientos había encontrado á la madre y á la hija mendigando un pedazo de pan.—Alicia guiaba el hermoso caballo que tiraba del cupé, con la destreza que le había comu-

nicado Clarisa y con la gracia que le era propia. Estaba encantadora, con su vestido de seda tornasolada, guarnecido de volantes y de encajes, y su sombrero de peluche, cuyas grandes alas daban sombra á su gracioso semblante. La romántica Clarisa se reclinaba lánguidamente en el respaldo del carruaje, forrado de raso blanco *capitoné*; vestía un traje negro forrado de seda, y un sombrero *Niniche*, también negro, con lazos azul pálido, que decían muy bien sobre sus rubios cabellos.

—¡Oh, qué soledad!; ¡qué espantoso silencio!— exclamó Alicia.—Yo me muero aquí de fastidio.

—Lo comprendo—dijo Mme. Robson con su acento nasal;—pero, hoy por hoy, no puede usted hacer otra cosa que tener paciencia, mi querida señora; cuando posea un hijo, será otra cosa.

—Lo mismo que hoy. Tomás es inexorable en cuanto á dejar esta abominable casa del pueblo.

—Cuando tenga usted un hijo, hará cuanto usted pida. Y además, tiene usted otro medio de obligarle.

—¿Cuál?

—Gastar mucho dinero; hacerle, de rico que era, pobre, para que tenga que trabajar: entonces él mismo deseará ir á Madrid.

Alicia sonrió ante el razonamiento de la perversa Robson; pero un instante después dijo, meciendo tristemente la cabeza:

—No: Tomás no me dejará gastar más que

aquello que á él le parezca que puedo sin arrujinarle. ¿Cree usted que á todo dice amén? Pues no es así, querida Clarisa.

—Á la madre de su hijo no le negará nada. La pasión es ciega, y su esposo la adora á usted.

En aquel momento se vió venir á un jinete, caballero en lo más horrible de las yeguas: es verdad que la fealdad del animal parecía menor á causa del ridículo porte del que la montaba.

Era el Barón de Lartiga, cuya larga y magra figura se asemejaba á la de Don Quijote: llevaba una peluca nueva, las mejillas pintadas como una *cocotte* vieja, y una levita antigua, con un chaleco blanco de moda ridículamente exagerada. Al llegar cerca del carruaje, se quitó el sombrero, alto y estrecho como la gorra de un mago, y colocándose al estribo, empezó á echar flores á la joven señora de Barrientos, mezclándolas con pérfidas insinuaciones.

—¡Qué lástima de belleza, para estar encerrada en aquella horrible aldea! ¡Cuánta elegancia, cuánta gracia eclipsadas! ¿Por qué no *obligaba* Alicia á su esposo á que la llevara á vivir á Sevilla si quiera, ya que no á Madrid?

Alicia escuchaba con semblante triste. Con el impudor que era en ella hereditario, había contado á todos que era hija de don Lorenzo Valenzuela, porque al referirlo no había pensado en que deshonoraba la memoria de su madre, sino en que ella se daba un linaje ilustre; el Barón, después

de oír la historia, se había cerciorado de su autenticidad, y sabía bien que era verdad y que su amigo Valenzuela era el padre de aquella niña encantadora.

—Quizá al verla á usted Valenzuela no podría renunciar ya á verla siempre—prosiguió el viejo verde;—¿quién renuncia á usted después de haberla conocido?

—¿Quiere usted acompañarme á Sevilla y hacer que vea á mi padre?—exclamó Alicia de repente y sin hacer caso de las palabras insulsas del Barón.

—No lo consentirá Barrientos—murmuró asustado el Barón ante tamaña responsabilidad;—si no, por mí...

—Para nada necesita saberlo—objetó la rubia Robson.—Dentro de dos ó tres días marcha á un cortijo que está á seis leguas y por el lado opuesto á Sevilla.

—Uno de los días que emplee en ese viaje, podemos nosotros ir á Sevilla—dijo Alicia con vehemencia;—iremos los tres. Vamos, querido Barón, sea usted amable.

Y Alicia tomó en su enguantada mano la mano seca y arrugada del Barón, cubierta por unos guantes mil veces recosidos por su hija menor.

Ante aquella presión y la mirada luminosa que la acompañó, el viejo libertino sintió un deslumbramiento, y murmuró, enseñando sus largos dientes amarillentos:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Iremos, iremos... Como usted quiera.

—Y llevaremos á Mme. Robson.

—Sin duda.

Al volver aquella tarde de paseo, cuando las sombras del crepúsculo flotaban ya sobre la campiña, los vecinos de Alcalá vieron llegar el cupé de Alicia, llevando en el testero y sentados muy juntitos al viejo Barón y á la joven señora de Barrientos. Clarisa Robson dormía profundamente—ó lo aparentaba al menos—en el asiento de enfrente.

—¡Pero eso es á la vez criminal y asqueroso!— exclamó con su habitual insolencia el escribano.

—¡Un viejo cínico, que ha perdido á tantas muchachas labradoras con promesa de casamiento, y darle oídos! ¿En qué piensa esa desdichada?

—¡Toma!: en que es el Barón la persona más encopetada que hay aquí: tiene la manía de los grandes señores.

Cuatro días después volvían de Sevilla á la misma hora y en la misma forma las dos damas y el Barón. Barrientos se hallaba inspeccionando un cortijo. Cuando volvió, todos le miraban con aire de compasión, se sonreían al pasar y decían:

—¡Pobre Barrientos!

La honra inmaculada de aquella familia, aquella honra conservada durante siglos, había venido al suelo por la depravación nativa de una mujer.

X

Pasemos nueve años por alto, y volvamos á encontrar á la señora de Barrientos, muy cambiada interior y exteriormente, pero en sentido inverso: en lo interno, de una fealdad más acabada; en lo visible, de una belleza sorprendente.

Cuando la volvemos á encontrar, ya no se halla á su lado la sentimental y vaporosa Clarisa Robson: aquella amiga incomparable vive en Madrid, donde espera á su amiga. Veamos la carta que Alicia tiene en la mano, y que lee con atención al presentarla de nuevo á nuestros lectores, y ella nos dará noticias exactas de la dama de compañía.

«Mi querida é inolvidable amiga: Cada día tengo que aplaudirme más de la determinación que tomé casándome con esta vieja ruina, con este simple, al que tengo á la vez subyugado y deslumbrado. No hay en toda la Creación, mi querida Alicia, un ser más tonto que el hombre: adulándole, se hace de él todo cuanto se quiere. Después de haber puesto en claro alguno de los mil negocios que tenía embrollados, he persuadido á este excelente Barón de Lartiga de que debíamos poner algunas mesitas de juego en nuestro

gran salón. La Baronesa de Lartiga está á cubierto de todas las suposiciones poco favorables que se puedan hacer: coqueta, aún bella, elegante, inteligente, y que ofrece un *lunch* á las cinco de la tarde el día que recibe, y una taza de té todas las noches, tiene que contar siempre con buenos amigos.

«¿Á quién dirás que han presentado anoche en mi casa? No, no lo adivinarías aunque pensaras en ello un siglo; te diré, pues, que ha penetrado en mi casa y tomado sitio de honor en mi salón el banquero don Lorenzo de Valenzuela: sí, ese padre que separó la vista de ti con horror cuando nos presentó á él en Sevilla el Barón de Lartiga—entonces tu adorador rendido, y hoy mi esposo;—ese padre que *no quiere verte, no puede* pasar la vida tranquilo sin saber de ti: quizá moriría de rabia y desesperación si te viese á su lado; pero moriría, de seguro, si no supiera lo que haces; hay en su alma un pensamiento que constituye su incesante tortura. «¡No es mi hija!—se dice;—pero, ¿y si lo fuese? ¡De qué dicha tan inmensa me privo!»

«La verdad es que el pobre don Lorenzo vive, en medio de sus tesoros, en una soledad espantosa. Se aburre en Sevilla; se viene á Madrid y se aburre más; cuando menos, en esa hace algunas escapadas al campo, y espía á sus nietos, los busca cuando van á paseo, les da dulces, los abraza, y departe con ellos largo rato. El Barón dice que está enamorado de Eva, y tu hija, á los cinco años

de edad, sabe ya guardar el secreto de sus entrevistas con su abuelo; de Gonzalo no digamos nada, pues á los ocho años es un hombre. Espero que cuando te vengas tú á Madrid á vivir, el ridículo de tu padre lo hará también, para no perderos de vista ni á ti ni á tus hijos. Me dijo anoche que al verlos se sentía débil en sus resoluciones; pero que para tenerlos á ellos le era preciso tenerte á ti también, y que es tanta la semejanza que tienes con tu madre, que no podría soportar tu vista sin una tortura de todos los instantes.

«Dentro de pocos días vuelve á Sevilla para recibir á su amigo el Duque de Medellín, que va á cazar con varios amigos á un soto que posee justamente entre Sevilla y ese pueblo. Este joven, pues contará unos treinta y ocho años, es hijo de un amigo de tu padre, y éste le quiere como si lo fuera suyo; tiene por él tal entusiasmo, que al oírle se puede creer al Duque el modelo de todas las perfecciones: dice que tiene un carácter caballeresco y apasionado, una generosidad á toda prueba y un gran corazón. No será difícil que le veas, pero procura que no vea á tu marido; parece que fué novio de la primera mujer de Barrientos, y que entre los dos—sin haberse visto nunca—reina un odio á muerte. Si consigues interesar al Duque, para que le busque un empleo á tu marido en Madrid, ese será el mejor medio de que vengáis á estableceros á la corte: el destino habré sido yo quien lo ha obtenido; por lo menos, así se lo ha-

rás creer fácilmente al alcorcho de tu marido.

«Tu tierno padre sabe que has derrochado en nueve años casi toda la fortuna de tu marido, y éste es uno de los motivos por que está furioso contra ti; sin embargo, cuando se sobrepone al sentimiento de la cólera el de la ternura, añade después de sus imprecaciones contra tu coquetería hereditaria:

«—¡Pero si es tan hermosa! ¡oh!, ¡tan hermosa como era su madre!

«Espantosa es la lucha que consume la vida de este viejo: he sabido por él que al ver á tu marido arruinado ó poco menos, le ha ofrecido fondos; pero tu sensible Tomás, que lleva el quijotismo á un punto ridículo, le ha dicho que jamás admitiría nada del hombre que había rechazado á su hija sabiendo bien que lo es.

«Creo, sin embargo, que entre tu padre y el Duque lograrán para tu marido un buen destino en un Ministerio: ambos tienen que ocultarse tras de mi humilde personalidad para que tu marido admita.

«Adiós: tu fiel Robson hace gran papel entre cierto mundo *interlope* que empieza á iniciarse en Madrid: en algunos salones *beatos* no penetro; en cambio, de muchos otros es el ídolo tu invariable

CLARISA.»

De toda esta larga y abominable carta, Alicia no guardó más que una impresión; pero tan viva,

tan acerada, por decirlo así, que la azotaba como un látigo.

¡Un Duque iba á venir á su vecindad! ¡podría hallarle en los sotos vecinos al pueblo, en sus paseos solitarios!... ¡Un Duque amable, elegante, espléndido, y que no llegaba á cuarenta años! ¡Qué conquista para aquella mundana de veintidós años, ávida de riquezas y de galanterías, marcada con la tisis del alma desde la cuna!

En los cinco ó seis días que pasaron desde que llegó el siniestro aviso de la dama de compañía hasta que llegó el héroe de sus sueños, Alicia preparó todo el arsenal de sus coqueterías: su colorete, sus cosméticos, sus perfumes, sus encajes, su corsé de raso, que tan admirablemente ceñía su delicado talle. Cuando llegó el Duque, lo supo al instante, porque tenía en Sevilla su modista y le había encargado que le avisara; tres días después supo que en la madrugada del siguiente, el Duque de Medellín iba á caballo para recorrer el soto y el monte inmediatos á Alcalá, donde debía ir á cazar en compañía de algunos amigos; y aquella mañana, Alicia, deliciosamente vestida con una *matinée* de muselina blanca con lazos azules, le esperaba conmovida y sentada á la entrada del bosque, con un libro en la mano.

El Duque Fabián de Medellín descubrió desde bastante lejos la esbelta figura blanca; conforme se iba acercando, descubría la rubia cabellera, reunida en una sola trenza, que pendía por la es-

palda y caía deshecha hasta la mitad, más larga que los encajes de la *matinée*.

Según disminuía la distancia, notaba nuevas elegancias: la falda ceñida de la *matinée* dejaba ver el fin de una pierna fina y un pequeño pie calzado con una media de seda blanca y un zapato de raso azul, adornado con un lazo y una hebilla de piedras del Rhin.

Al ruido de los pasos del caballo levantó Alicia la cabeza como sorprendida; el Duque se descubrió saludándola respetuosamente, y acortó el paso del caballo para seguir su camino.

Aquella aparición le había sorprendido primero, arrojando después en su ánimo un extraño desasosiego: era como una advertencia elocuente de graves perturbaciones en su vida. ¿Quién era aquella joven tan linda, tan distinguida, tan elegante? ¿Qué hacía metida en aquel pueblo una mujer que podía ser la mejor gala del salón más brillante y aristocrático? Y pensando así, devorado por una curiosidad extraña, Fabián echó pie á tierra, pasó en su brazo las bridas del caballo, y volvió á pie hacia donde Alicia quedaba leyendo tranquilamente sentada en el tronco de un árbol que el hacha del leñador había derribado.

El corazón de Alicia palpó violentamente al oír de nuevo el paso del caballo: alzó la cabeza, y vió que el jinete, á pie ahora, se acercaba á ella lentamente.

—¡Mamá!... ¡mamá!—gritó en aquel momento

una voz infantil;—ven á almorzar, que papá está esperando.

Dos niños llegaron corriendo y jadeantes á la pequeña plazoleta donde estaba sentada Alicia; dos hermosas criaturas de cinco y ocho años de edad: el mayor era un varón, cuya tez morena estaba vestida del matiz de las rosas por la agitación de la corrida; sus grandes ojos negros, llenos de luz y de altivez, se abrían bajo unas cejas finas y sedosas; y sus cabellos castaños y rizados caían sobre su frente húmeda, con esa transpiración tan pronta en la infancia cuando ésta es robusta.

La niña venía bastante detrás de su hermano: era rubia y delicada, con ojos claros, grandes y melancólicos; vestía elegantemente de piqué blanco, pero su traje estaba deteriorado y sucio; el mismo deplorable aspecto presentaba el de su hermano, también de piqué, pero de color crudo; se estaba entonces á principios de Abril, y aquella tela ligera era aún, atendido lo fresco de la mañana, tan prematura como la *matinée* de la madre en muselina clara.

La madre hizo á su hijo un gesto enojado é imperativo, y el niño se detuvo temeroso y confuso, echando al Duque, parado delante de su madre, una mirada recelosa.

Fabián descubrió de nuevo su cabeza, saludó profundamente, y dirigiéndose á Alicia le preguntó con acento respetuoso:

—¿Podría usted decirme, señora, si hay fonda,

ó á lo menos posada, en el vecino pueblo de Alcalá?

—Lo segundo, caballero—contestó Alicia, cuyas blancas mejillas se tiñeron de rosa.

Al eco de aquella voz musical, el Duque sintió una conmoción eléctrica; inclinóse en acción de gracias por la respuesta que había recibido; luego, no sabiendo qué decir, y deseando permanecer aún allí, miró á los niños, que miraban á su vez á su madre confusos y temerosos, sobre todo la pequeña, que estaba á punto de echarse á llorar.

—¡Hermosas criaturas!—exclamó el Duque.—¿Cómo te llamas?—prosiguió, atrayendo hacia él á la rubita.

—Eva—contestó la niña.

—¡Lindo nombre! ¿Y tú?

El niño á quien se dirigía esta pregunta, contestó con acento breve y duro:

—Me llamo Gonzalo Barrientos.

—¡Barrientos!—repitió el Duque con voz alterada.—Señora, ¿lleva este niño el apellido de Barrientos?

—Es el de su padre, caballero.

—¿Y usted es su madre?

—Sí, señor.

—¿Es usted la esposa de don Tomás Barrientos?

—Precisamente.

—¡Justicia del cielo!—murmuró el Duque, alzando al cielo sus hermosos y grandes ojos.

Alicia le miró atónita.

—¿Conoce usted á mi marido?—le preguntó.

—Hace tiempo, señora—contestó el Duque;—pero jamás le he visto.

Como si aquella conversación le fatigase, el Duque empezó á informarse de la vida de Alicia y de las circunstancias por que se había hecho su casamiento con un labriego andaluz, cuando ella era el modelo de todas las distinciones; la joven contestó que en efecto se había educado en París y que era hija del banquero de Sevilla don Lorenzo Valenzuela.

Poco después se separaron. Alicia, obligada por la severa mirada de su hijo, se despidió del Duque y volvió á su casa muy pensativa.

Desde aquel día se vieron todos. El Duque parecía seguir un plan preconcebido: cada vez que Alicia nombraba á su marido, pasaba por sus ojos un resplandor siniestro; la sombra de Amparo, la sombra infantil de Inés, muertas ambas lejos de él, pasaban ante la vista del Duque. Amparo había sido el primer amor de su vida, y su corazón leal y apasionado no podía olvidar ni á aquel ángel que había encantado los sueños de su adolescencia, ni á la hija que en vano había reclamado á Barrientos tantas veces.

La sed de la venganza ardía en su corazón, y poco le costó conquistar á la esposa de su enemigo y llevar el deshonor al hogar donde había muerto Amparo.

La escasez penetraba ya en la opulenta casa de

Barrientos; el destino estaba encontrado en Madrid. Don Tomás Barrientos recibió la credencial de oficial del Ministerio de Fomento con treinta mil reales de sueldo anual; su mujer imperaba en el ánimo de Barrientos de una manera absoluta; con palabras dulces, mezcladas á obsesiones de todos los instantes, consiguió persuadirle de que para conservar la hacienda que les quedaba, debía aceptar aquel destino é ir á Madrid, á fin de vivir con el sueldo.

Barrientos, más aturdido que convencido, con el alma llena de una tristeza mortal, asediado, domado su valor moral por las quejas de su mujer y por el convencimiento de la decadencia de su fortuna, cedió, y toda la familia salió para la corte, dejando en la casa de Alcalá á la vieja Brígida con su hija.

Triste fué para Barrientos la salida de la casa de sus mayores; al pasar el umbral le pareció que su corazón se rompía; y sin embargo, ni aun sospechaba la existencia del Duque de Medellín, ni la deshonra que manchaba el nombre de sus hijos; algo le decía que la desgracia agitaba sus negras alas sobre su cabeza; abrazó á su vieja nodriza, y por sus mejillas rodaron gruesas lágrimas.

En cuanto á Brígida, estaba tan embargada por el dolor, que apenas podía hablar: sabía por Gonzalo, que la amaba más que á su madre, que la esposa de su querido Tomás «hablaba con un señor todas las tardes»; adivinaba el drama miste-

rioso, terrible, la deshonra, la vergüenza, la ruina de la hidalga casa de los Barrientos, de aquella casa que era la suya desde hacía tantos años; pero aunque sus labios se abrieron para decir á Tomás algo de la terrible verdad, cuando llorando con la angustia de la despedida se apoyaba en su seno, de aquellos labios marchitos por la vejez no salió ningún sonido.

¿Para qué demostrarle su desgracia? Ya lo sabía demasiado en Madrid.

El viaje fué silencioso y triste. Barrientos tenía á su hijo sentado al lado suyo, y apoyaba en la cabeza de Gonzalo su morena mejilla, en tanto que el niño tenía cogida la mano de su padre; era extraña y profundísima la afección que unía al padre y al hijo: éste sentía que su padre era desgraciado, que le vendían, que le engañaban.

Eva iba sentada en la falda de Catalina, la ex-nodriza de Gonzalo: su dulce rostro sentimental tenía la blancura del nácar y la expresión de un ángel afligido.

Alicia durmió, ó fingió dormir durante todo el viaje, y todos, preocupados de pensamientos tristes, llegaron á Madrid, casi sin hablar unos con otros.

FIN DEL LIBRO PRIMERO